

A la altura de Dios

R. B. S. Candelas

A la altura de Dios

Ramón Candelas Pérez
A la altura de Dios

No se permite la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de este libro sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.


Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual. Nº 01/2013/1947.

© Ramón Candelas Pérez, 2013
© De esta edición, Ramón Candelas Pérez, 2015
© De la cubierta, Ramón Candelas Pérez, 2015

Ilustración de portada:
Torre Eiffel. Robert Dalaunay, 1921.
Museo de Arte Moderno, París.

Primera edición, octubre de 2015. R. 2.0.
ISBN: 9781517082864

Más información sobre el autor y su obra en:

 www.rbscandelas.es

 @RBS_Candelas

 RBS Candelas

*A Miriam, Bruno y Pablo,
en recuerdo de aquellos días maravillosos en París.*

«El revolucionario es un hombre que ha sacrificado su vida. No tiene negocios ni asuntos personales; ni sentimientos ni ataduras; ni propiedades, ni siquiera un nombre. Todo en él está absorbido por un único interés, un solo pensamiento, una única pasión: la Revolución».

Normas que deben inspirar al revolucionario.

Serguéi Nechaev, 1869.

«Sin remontarse a la Torre de Babel, se puede observar que la idea de la construcción de una torre de gran altura ha obsesionado, desde hace mucho tiempo, la imaginación de los hombres...».

La torre de trescientos metros.

Gustave Eiffel. 1900.

«El 31 de marzo de 1889 yo estaba allí, a la altura de Dios».

Memorias.

Paul Peter Bowman. 1931.

1886

Destruir, construir

¡VENGANZA!
¡Trabajadores, a las armas!

... Durante años habéis soportado las más abyectas humillaciones; durante años habéis soportado iniquidades sin medida; os habéis autodestruido; habéis soportado los tormentos de la necesidad y el hambre; habéis sacrificado vuestros hijos a los señores de la fábrica. En resumen: habéis sido esclavos miserables y obedientes durante todos estos años. ¿Por qué? ¿Para satisfacer la codicia insaciable, para llenar los cofres de vuestro amo perezoso y ladrón? ¡Y cuando ahora le pedís que disminuya vuestra carga, él envía sus sabuesos para dispararos, para asesinaros!

Si sois hombres, si sois los hijos de vuestros antepasados, que derramaron su sangre para liberaros, entonces os alzareis con toda vuestra fuerza, Hércules, y destruiréis el horrible monstruo que busca destruir a vosotros. ¡Os llamamos a las armas, a las armas!

Vuestros Hermanos.

Extracto de la circular *Venganza*.
August Spies, 3 de mayo de 1886.

Chicago, 4 de mayo

Si no fuese por el artefacto que lleva sujeto al cinto, escondido bajo los pliegues de su gabán, Hieronymus Schmidt se ciscaría en los manifestantes, en la policía y en el santoral completo, y se largaría a sudar la fiebre en su camastro de la pensión *Bayern*. Pero entonces las dos horas y media que lleva de plantón no habrían servido más que para ponerlo al borde de una neumonía. ¡Maldita llovizna que lo impregna todo, desde la gorra hasta los zapatos! ¡Maldita humedad, que cala hasta los huesos y el estado de ánimo! ¡Maldita...! Si por lo menos se hubiese abrigado con más ropa interior, pero ¿cómo iba él a imaginar que la cosa transcurriría con tanta lentitud, con tanta normalidad? Tras los violentos enfrentamientos del día anterior frente a *McCormick's Harvest Works*, con abundante fuego cruzado entre policías y huelguistas armados que dejó un saldo de varias docenas de heridos, los pronósticos para hoy auguraban una contundente represión. ¡Maldita sea mil veces su estampa!...

Prototipo del inmigrante prusiano —hombros anchos, pelo rubio lacio, ojos muy claros—, el joven saca del bolsillo un pasquín de color salmón con los dobleces gastados para releer por centésima vez, con esa mezcla de furia y decepción de quien ve frustradas sus expectativas, el texto en inglés y alemán:

¡Atención trabajadores!
GRAN MITIN MASIVO.
Esta noche a las 7.30 en Haymarket.

Estarán presentes buenos oradores para denunciar
el último acto atroz de la policía,
el ataque contra nuestros compañeros
obreros de ayer por la tarde.
El comité ejecutivo.

Un buen reclamo, si no fuese porque del texto original se ha caído una frase rotunda: «*Trabajadores, armaos y apareced con toda vuestra fuerza*». Otra concesión de esos pusilánimes de Spies y compañía, que al final más parecen haber montado una pueril reunión de colegiales que una verdadera manifestación anarquista.

Aunque convocado en la plaza de Haymarket —un mero ensanche

donde antaño los granjeros establecían sus puestos de heno y otros productos—, el mitin se celebra finalmente en Desplaines, una treintena de metros más al norte en dirección a *Lake Street*. Este cambio ha servido muy bien a los propósitos de Hieronymus, pues la zona está mal iluminada, especialmente el callejón en que ha instalado su puesto de observación. En esa misma esquina, junto a las oscurecidas ventanas de *Crane Bros.*, una fábrica sin turno de noche, se ha situado el carro que sirve como improvisado estrado a los oradores, a quienes el joven, merced a su metro noventa de estatura, puede ver y oír sin dificultad a pesar de la multitud que abarrota el lugar.

El primero en tomar la palabra, con el público claramente impacientado tras más de una hora de retraso, ha sido August Spies, el editor del periódico anarquista *Die Arbeiter-Zeitung*, que tanto ha contribuido con sus proclamas y manifiestos a la huelga general del uno de mayo en favor de la jornada de ocho horas. Spies ha hecho hincapié en la lamentable situación de los mil doscientos obreros que se hallan en la calle desde que Cyrus McCormick respondiese a su huelga, el 16 de febrero pasado, con un cierre patronal y la posterior reanudación de la actividad a base de esquiroles. También ha hablado de los desgraciados sucesos acaecidos el día anterior —sucesos que él mismo alentó con sus arengas—, cuando ocho o diez mil manifestantes agredieron a los esquiroles a la salida del turno de tarde y la policía cargó para dispersarlos.

Luego ha dado paso a Albert Parsons, director de otro periódico anarquista llamado *The Alarm* y ferviente luchador por los derechos de trabajadores y negros, que ha hecho un discurso mucho más político, a favor del socialismo y en contra de los monopolios, de los bancos, de la prensa capitalista y del sistema electoral. Tanto Spies como Parsons han animado a los manifestantes a armarse y a defenderse de los abusos del Estado, pero lo han hecho de forma mucho más comedida de lo que los exaltados huelguistas esperaban. Y, desde luego, de lo que esperaba Hieronymus, a quien toda esa palabrería archisabida, superflua e inútil de los que aún creen que el sufragio puede cambiar el orden de las cosas —hay que ser muy necio o muy ingenuo a estas alturas— no le compensa la humedad y el frío que le hacen tiritar en esta intempestiva tarde de primavera. ¿Venganza? Nada de la rotunda respuesta armada que Spies preconizaba en su circular, escrita en caliente después de los disturbios, parece estar hoy en el orden del día. En cuanto a la multitud, poco a poco se ha ido quedando tan fría como él mismo, de modo que numerosos grupos se desentienden a ratos de la prédica con constantes idas y venidas, en pos de algo con que calentarse por dentro, a las vecinas tabernas de *Lake Street*.

A Hieronymus le hierve la sangre, pero más por la indignación que por la fiebre. Así no se hace la revolución obrera. No con anarquistas de

pluma caliente y verbo fácil, de los que salen corriendo al menor indicio de lucha armada; no con sindicalistas que se atiborran de cerveza y se dan eufóricas palmadas en la espalda para envalentonarse unos a otros, pero que, a la hora de la verdad, no tienen sangre en las venas; y no, por supuesto, con todos aquellos que claman por conseguir sus objetivos de forma pacífica, cuando está demostrado que así no se logrará nada. ¿Acaso la *Association of Manufacturers in Metals* no ha dejado claro que nunca aceptará una jornada de menos de diez horas? Pues bien, él posee —la lleva en el cinturón— la receta de la que todos los anarquistas de América hablan, pero que ninguno se atreve a usar: un trozo de tubería de gas relleno de dinamita al que se ha incorporado, a modo de mecha casera, un mero pedazo de tela embreada y enrollada alrededor de un filete de pólvora amasada con aguardiente. Y tiene algo más importante si cabe: la firme determinación de utilizarla en la primera ocasión que se presente.

Se rumorea que un numeroso contingente policial —casi doscientos agentes venidos ex profeso de diversos distritos— se halla agrupado frente a la comisaría de Desplaines, varias manzanas al sur de Haymarket. Y aunque nadie duda de que el mitin es espiado por detectives de paisano, tan tibios han debido parecerles los discursos de Spies y Parsons que la fuerza pública no se ha molestado hasta ahora en dejarse ver. Mal augurio para Hieronymus, quien comienza a ver claro que esta noche tampoco ocurrirá la tantas veces planeada, y siempre pospuesta, revolución anarquista.

Y Lingg, ¿dónde diablos se ha metido?... Louis Lingg sí que es un bravo luchador. Si hay alguien capaz de ejecutar por su propia mano lo que otros se limitan a predicar, ese es él. Discípulo en Zúrich, antes de emigrar a América, del legendario anarquista August Reinsdorf, su voluntad nunca flaquea. Siempre dispuesto a movilizar a los demás, a arengar a los obreros, a comprar y vender revólveres, a estudiar tratados de química con los que formular sus propios explosivos. Hieronymus lo ha visto recoger por la calle trozos de tubería con los que fabricar bombas; fundir carcasas con moldes caseros para fabricar bombas; mezclar nitroglicerina con sílice para fabricar bombas; ocultar en su baúl rollos de mecha casera con los que fabricar bombas... Bombas, bombas y más bombas, como la que él ha cogido del improvisado taller que el anarquista tiene en su dormitorio, y que ahora mismo le presiona la ingle bajo el abrigo. Pero Lingg no ha aparecido esta noche, y Hieronymus se siente decepcionado, cansado y enfermo.

Es al filo de las diez de la noche, cuando ya el joven ha decidido abandonar la escena en pos del lecho reparador, que un tercer orador trepa al carro y comienza un discurso mucho más subido de tono que los de sus predecesores; el tipo de arenga que los asistentes esperaban escuchar. Se trata de Samuel Fielden, un inmigrante de origen inglés, mirada fiera y

larga barba encrespada que contribuye a darle un aspecto rudo. Un hombre de quien nadie espera la elocuencia que despliega en sus alegatos, la solidez de sus argumentos y su habilidad para arrastrar a las masas.

—... Los trabajadores no podemos hacer otra cosa con la ley que echarle mano y ahogarla hasta que dé su último estertor. ¡Ahogarla! ¡Asesinarla! ¡Apuñalarla! ¿Podemos hacer algo, salvo por el fuerte brazo de la resistencia?...

Por los aledaños de la plaza se corre la voz de que el ambiente se caldea. Los bebedores regresan al mitin, los corros se aprietan, la muchedumbre se agolpa alrededor de la carreta.

—... Mejor morir luchando que de hambre. ¡Exterminad a los capitalistas, y hacedlo esta noche!...

La temperatura del público se eleva, a la par que la fiebre de Hieronymus, unos buenos grados Fahrenheit. Cuando la masa comienza a aplaudir y a corear las consignas de Fielden, el joven siente renacer la esperanza. A buen seguro que la policía está puntualmente informada del desarrollo de los acontecimientos, y que tiene órdenes de intervenir en caso de que se profieran violentas amenazas que puedan degenerar en disturbios. Hay que ayudar a que la tensión se mantenga un rato; o mejor aún, a que vaya *in crescendo*.

—¡Muerte al capitalismo! —grita, desde el anonimato que le confieren las sombras del callejón—... ¡Muerte a los perros asesinos!

Un coro de amenazas se sucede, puño en alto, a su alrededor. Aquí y allá se profieren gritos y se enarbolan garrotos y bastones. Envalentonado por la reacción del público, el lenguaje de Fielden se hace más y más incendiario, hasta que cualquier atisbo de indiferencia que pudiera quedar en los manifestantes se desvanece en favor de la exaltación.

Y entonces, por fin, sucede lo que tanto ansía Hieronymus Schmidt. Un rumor se deja sentir calle Desplaines abajo: el sonido rítmico de una nutrida formación a paso de marcha, mezclado con el griterío de las gentes que se apartan para dejar hueco. Desde su estatura privilegiada, el alemán puede ver cómo la policía se despliega por compañías, tres de las cuales se acercan cubriendo toda la anchura de la calzada, mientras que una cuarta se queda, para cubrir la retaguardia, a la altura de *Randolph Street*.

—¡Aquí llegan los sabuesos! —grita Fielden—. ¡Cumplid con vuestro deber, y yo cumpliré con el mío!

Olvidando la fiebre que le hace tiritar, Hieronymus intuye que el momento está próximo. Coge un cigarrillo de los tres o cuatro que lleva liados en el bolsillo de la camisa y enciende un fósforo. Mejor que hasta ahora se haya abstenido de fumar, a causa de la congestión nasal y el escozor de garganta que acompañan a la fiebre, porque la primera bocanada de humo le produce un ataque de tos del que tarda unos segundos en

recuperarse.

Escrito está que al anarquista de acción le asaltarán la duda en el momento supremo, pero Hieronymus Schmidt está prevenido. Le basta para conjurarla con traer a su mente el rostro de su padre en el lecho de muerte. Un hombre todavía joven, consumido por la silicosis tras veinte años de trabajar, en régimen de cuasi esclavitud, en las minas de su Renania natal. Con disimulo, el alemán se suelta los botones del abrigo, afirma la bomba con la mano izquierda, da una profunda calada al pitillo y aplica el ascua al extremo de la mecha. Pero hasta ahí ha debido calar la humedad, porque la muy condenada no quiere prender. Al presionar con más fuerza, la brasa se desprende y cae al suelo mojado, donde se apaga. ¡Maldita sea su estampa una y mil veces más!

Mientras tanto, un oficial de edad madura y espeso mostacho, con dos estrellas de capitán en el cuello de la guerrera, se ha adelantado hasta el improvisado estrado y parece espetar a Fielden una orden de dispersión. El anarquista se baja del carro y le responde algo, dirigiéndose al tiempo a la muchedumbre en general. Pero Hieronymus ya no ve, no oye, no siente. Su entendimiento está obcecado; su cerebro, ebrio de adrenalina. Al cuerno con la discreción. El momento es ahora, y solo hay un medio de aprovecharlo: frota una cerilla contra el rascador, la cobija en el hueco de las manos para que prenda bien y la aplica contra la mecha, que, esta vez sí, estalla en un surtidor de chispas anaranjadas.

Si no fuera por el siseo que la acompaña, que algunos de los presentes confunden con el de un cohete de feria, la estela parabólica que rasga la noche por encima de la multitud no parecería más peligrosa que un malicioso cigarro arrojado sobre los guardias. Pero la realidad es otra. La explosión, que tiene lugar entre las filas de la segunda compañía, crea una confusión de gritos y carreras de pánico, tanto entre los obreros como entre los agentes del orden. Desconcertados, algunos de los anarquistas que rodean el estrado sacan sus revólveres y disparan sin ton ni son. Tras el caos inicial, en medio de un tótem revolútem de cuerpos caídos y ensangrentados, los policías se organizan y cargan rabiosos contra la multitud, abriendo fuego a discreción. La escena se convierte en un tumulto de gemidos, blasfemias, detonaciones, humo y olor a pólvora. Cinco minutos más tarde, consciente de que sus hombres se están acribillando a ciegas entre sí, el capitán al mando ordena el alto el fuego. Docenas de heridos con y sin uniforme cubren la calzada y las aceras. El panorama no puede ser más dantesco, más desolador. Como que nunca en la historia de los Estados Unidos de América se ha producido un disturbio de tal gravedad.

Nada de todo eso ha sido presenciado por Hieronymus Schmidt. Aunque ahora su mente esté entorpecida por la calentura, no ha sido así

durante la preparación del atentado. El joven se ha cubierto las espaldas tras estudiar en las hemerotecas las torpes acciones anarquistas realizadas con anterioridad en Rusia, Alemania, España e Italia. Todas ellas voluntariosas, ejecutadas por sus autores a pecho descubierto, sin vía de escape y sin coartada, a sabiendas de que luego serían carne de presidio o de horca. Pero a él no lo cogerán. Su patrona dará fe de que se retiró temprano a la cama, aquejado de un oportuno acceso de fiebre que él mismo se ocupó de exagerar, y de que no salió de su cuarto en toda la noche. Así que, nada más lanzar la bomba, se ha abierto paso a empujones por el callejón y ha torcido por otro perpendicular que desemboca en *Lake Street*. Luego, mezclado con la muchedumbre que huía hacia sus casas, ha aminorado el paso y se ha perdido entre las sombras de la noche.

Al cabo de sus fuerzas, Hieronymus trepa por la escalera de incendios y se cuelga en su cuarto de la pensión *Bayern* por la ventana entreabierta. Ebrio de euforia, pero abrasado por la fiebre, el joven no tarda ni un minuto en caer presa de un profundo sueño que, en el delirio, se verá agitado por confusos, entremezclados aullidos de pánico, ira y dolor.

* * *

No es hasta bien entrada la tarde del día siguiente, después de que la patrona haya insistido en despertarlo para hacerle beber un tazón de leche caliente aderezada con coñac, que Hieronymus conocerá por la prensa el macabro resultado de su acción: entre los policías, un muerto y setenta y cinco heridos, seis de los cuales se debaten entre la vida y la muerte; entre los huelguistas, un número indeterminado pero asaz elevado de unos y otros. Eso sin contar con que el *Arbeiter-Zeitung* y el *Alarm* han sido precintados, y con que la plana mayor del anarquismo en Chicago —Spies, Schwab, Fischer, Parsons, Fielden...— se halla detenida o en busca. No lo siente por los policías, despreciables perros de presa al servicio del infame capitalismo; tampoco por los obreros, cuyo sacrificio es imprescindible para que triunfe la Revolución. En cuanto a los compañeros anarquistas, ¿no clamaban venganza?... Pues ahí la tienen. Se convertirán en héroes de la Causa cuando sean liberados por falta de pruebas, mientras que él, el auténtico iniciador material de la insurrección, tendrá que permanecer en el anonimato de por vida. ¡Que se jodan! De todos modos, no les vendrá mal un poco de calabozo para que reflexionen sobre la inutilidad de las palabras. La libertad se conquista con hechos, y ha sido él, un inmigrante prusiano de veintidós años, hijo de un oscuro minero del carbón, quien ha abierto el camino en América.

Chicago, 9 de noviembre

Soberbio. Esa es la primera impresión que produce el edificio que se levanta desafiante, por encima de sus vecinos, en la confluencia de las calles Adam y La Salle. Otro paso en la lenta pero inexorable carrera del distrito de negocios por multiplicar su reducida superficie de media milla cuadrada, tan insuficiente para el bum económico que, en esta prodigiosa década de los 80, la ciudad disfruta por obra y gracia de las grandes corporaciones financieras, ferroviarias, metalúrgicas y conserveras.

Alto, muy alto; y grácil. Desde el otro lado de la calzada, bien protegido por su abrigo de lana de la humedad que el viento otoñal arranca al lago Míchigan, el ingeniero Samuel Francis Bowman es capaz de ir mucho más lejos que el común de las gentes en la comprensión de lo que este bloque, de planta rectangular y cuarenta y dos —¡cuarenta y dos!— metros de altura, representa. Porque este hito de la construcción vertical no lo es tan solo por sus diez pisos de oficinas apilados sobre una planta baja de doble altura, el conjunto elegantemente rematado por una vistosa cornisa neoclásica. Hay que fijarse con detalle en sus fachadas, donde la piedra cede protagonismo al vidrio, para intuir el secreto escondido tras las delgadas columnas que favorecen, a través de grandes ventanales, el paso de la luz natural a raudales. Algo inconcebible en la construcción vertical tradicional hasta que un audaz ingeniero y arquitecto, William Le Baron Jenney, ha perfeccionado la técnica que permitirá llevar el noble arte de la arquitectura hacia sus —literalmente hablando— más altas cotas.

Sobrecogido, como le ocurre siempre que pasa ante este templo pagano de la civilización y el progreso modernos que él mismo, como ayudante de Jenney, ha contribuido a erigir, Bowman no resiste la tentación de admirarlo por dentro una vez más. Tiene tiempo, antes de acudir a una cita con su jefe en la que ha depositado grandes expectativas. Así que atraviesa la calle sin prisas, recreándose en la perfecta verticalidad de la fachada, hasta cruzar el dintel del arco de entrada del *Home Insurance Building*, el primer edificio del mundo con estructura reticular de hierro forjado. Y para unos pocos adelantados como William Jenney y Samuel Bowman, capaces de imaginar el porvenir de la arquitectura, el padre de los futuros rascacielos.

* * *

—Ha llegado el señor Bowman.

—Hágalo pasar, Edwina.

La adusta secretaria asiente y se retira a la antesala, dejando la puerta entreabierta. Cuando la visita anunciada hace acto de presencia, William Jenney levanta la vista del dibujo en que, entre escuadras, cartabones, lápices y tablillas de afilar, esboza las líneas maestras de un esqueleto completamente metálico para un edificio de dieciséis plantas. Un coloso que, de encontrar la financiación adecuada, significará un punto de inflexión en la arquitectura civil. En efecto, un edificio tal igualaría en altura al *Monadnock Building* de Burnham & Root, terminado hace tres años; pero la diferencia estriba en que la estructura de este, realizada a base de pesada fábrica, representa el límite superior de lo que dicho sistema constructivo puede dar de sí. A partir de ahí, todo lo que el hierro y el acero sean capaces de aportar marcará una línea de no retorno a las técnicas tradicionales de edificación.

A sus cincuenta y cuatro años, esto lo sabe a ciencia cierta, más que lo intuye, William Le Baron Jenney. Su formación original como ingeniero en la prestigiosa *École Centrale des Arts et Manufactures* de París le ha permitido asimilar, en su gradual tránsito hacia el ejercicio del urbanismo y la arquitectura, que la belleza estética, más que un objetivo en sí misma, ha de surgir como resultado natural de la resolución de consideraciones de índole práctica, que deben ser tenidas en cuenta en primer lugar. Una filosofía que muchos de sus colegas desprecian, pero que lo ha llevado a convertirse en un innovador en todos aquellos problemas —desde el diseño de parques y avenidas hasta el de grandes edificios comerciales— a los que se ha enfrentado desde que se estableciera en la industriosa capital económica de Illinois.

Los dos hombres se saludan con afabilidad. Jenney, de cuyos ojillos saltones se desprende una mirada inteligente y segura de sí misma, hace un ademán a su fiel colaborador para que se acerque al amplio tablero de dibujo situado en un lugar preferente, el mejor iluminado del despacho.

—Y bien, Bowman, ¿qué le parece?

El calculista es un tipo de elevada estatura, anchas espaldas y unas manos que, pese a su gran tamaño, manejan las tablas de logaritmos y la regla de cálculo a pasmosa velocidad. Su corpulencia no impide que todo él se emocione como un niño al ver aquellos trazos limpios, perfectamente escuadrados, como si la precisión y el orden geométrico fueran por sí solos garantía para desafiar con éxito a la ley de la gravedad.

—¡Magnífico, señor Jenney, magnífico!... ¡Dieciséis pisos! Será un edificio admirable. Incluso estoy seguro de que podremos adelgazar esos pilares: esta mañana hemos recibido los resultados de los ensayos del nuevo horno *Martin-Siemens* de Pittsburg, y he de decir que las propiedades de su

acero superan con creces lo esperado.

Nada puede complacer más a William Jenney que una nueva prueba de que sus planes van por buen camino. Una amplia sonrisa deja patente su satisfacción.

—Bien, amigo mío, es su turno entonces; puede llevarse los croquis y comenzar con los cálculos preliminares cuando guste. Pero siéntese..., siéntese, por favor. Vayamos al asunto que nos interesa.

Samuel Bowman, diez años más joven que Jenney, estudiante de ingeniería mecánica cuando sirvió a sus órdenes en el Cuerpo de Ingenieros del Ejército de la Unión durante la Guerra Civil, y convertido ahora en su mano derecha para todas las cuestiones relacionadas con el cálculo de las novedosas retículas metálicas, se atrevió semanas atrás a hacerle una inteligente propuesta que, bien mirado, resulta sorprendente no se le haya ocurrido a él mismo.

—He aquí el informe sobre su sobrino. —El ingeniero-arquitecto toma unos papeles de su escritorio y se atusa la respetable perilla gris mientras pondera unas anotaciones hechas por el jefe de su Gabinete de Estudios—. El muchacho ha realizado con notable habilidad cuantos esquemas y planos se le han propuesto; más aún, ha mostrado gran acierto en la elección de las secciones y detalles necesarios para su adecuada interpretación. Y todo ello lo ha hecho con una rapidez y limpieza admirables para alguien de su... ejem, digamos limitada experiencia. Como comprenderá, este extremo resulta para mí de la mayor importancia: no puedo correr el riesgo de recomendar a mi ilustre compañero de la *École Centrale* a alguien que me ponga en evidencia.

—Me hago cargo, señor Jenney —asiente el calculista.

—Pues bien: le felicito, Bowman. El chico ha superado las pruebas con creces. Aun así, quiero de su propia boca una opinión sincera: ¿cree que estará a la altura de lo que se espera de él?

Samuel Bowman no duda un instante en responder, tanta es la confianza que tiene en su sobrino y pupilo.

—Lo estará, señor Jenney, puedo asegurárselo. El muchacho ha recibido una educación esmerada a pesar de la trágica muerte de su padre, mi hermano, durante una acción contra los apaches. A su paso por la escuela preparatoria ha demostrado tener gusto por el álgebra, la geometría y el dibujo. Sin duda será un excelente ingeniero, si la universidad le abre sus puertas.

Una ceja del arquitecto se arquea con gesto irónico.

—¿La universidad?... Yo no me preocuparía por ello, Bowman; el muchacho no encontrará mejor universidad que la que hemos de proponerle.

—Cierto. En fin, lo mejor sería que lo conociese usted en persona.

Me he tomado la libertad de pedirle que venga y está fuera, esperando. Con su permiso...

En el momento en que la puerta del despacho se abre y el rostro grave, aunque confiado, del tío Samuel le hace una seña para que entre, Paul Peter Bowman se halla en pie frente a la ventana de la antesala, observando la calle con la natural desconfianza que, a pesar de saberse protegido por el vidrio y los muros del edificio, provoca una altura de cinco pisos.

Se trata de un muchacho de aspecto rubicundo y maneras respetuosas, acordes con la educación puritana que ha recibido. A sus dieciocho años ya ha desarrollado por completo una complexión robusta, aunque no tanto como la de su tío. Alto, de ojos verdes con un toque grisáceo y mentón bien afeitado de una incipiente pelusilla rojiza, nada en su aspecto exterior revela la herencia de su ascendiente europeo: el de Thérèse Montagné, una inmigrante provenzal que enamoró a Peter Bowman con su belleza meridional y su contagioso optimismo ante las dificultades. Hermano mayor de dos chicas y futuro baluarte de la familia, Paul refleja en su mirada la determinación de quien sabe que nada resulta gratuito en la lucha por abrirse camino en una sociedad más competitiva y exigente que nunca; pero también que el ritmo frenético al que esta evoluciona proporciona magníficas oportunidades a aquellos que tienen el coraje y la decisión para aprovecharlas.

Al estrechar su mano, William Jenney le dispara a bocajarro:

—*Comment ça va, mon fils?*

El joven responde sin inmutarse.

—*Très bien, monsieur Jenney. C'est un vrai honneur de vous connaitre.*

—*Tu parles français, eh? Bien, bien... Comment l'as tu appris?*

—*Ma mère est française, Monsieur. Elle me l'a enseigné.*

El arquitecto asiente, satisfecho. Sabe, por propia experiencia, que conocer el idioma local es la mejor carta de presentación para un americano al otro lado del Atlántico.

—Bien, eso está muy bien. Pero toma asiento, por favor. Supongo que no querrás un cigarro. —Jenney abre una caja de fina marquetaría que hay sobre su escritorio y la ofrece a Samuel Bowman, a quien hace un guiño de complicidad—. Aunque claro, si los muchachos de tu edad pueden alistarse voluntarios y recibir un fusil, no veo por qué no han de poder fumar, je, je...

El calculista acepta un cigarro puro de Florida, y los dos hombres ejecutan el ritual de encendido antes de que Jenney prosiga con su charla.

—Como sabrás, soy un firme convencido del futuro de la estructura

metálica en la construcción, algo en lo que tu tío coincide sin reservas. Hoy en día, los centros de negocios de las grandes ciudades deben mantenerse dentro de un pequeño radio por cuestión de eficacia y agilidad en las relaciones comerciales. El suelo disponible es, por tanto, escaso, lo que obliga a crecer hacia arriba. No hay más que ver cómo ha cambiado Chicago en los últimos años, tras el gran incendio del 71: todas las corporaciones demandan grandes bloques de oficinas para atender sus crecientes necesidades. Por este motivo, cada vez es mayor el interés en los edificios elevados; y ahí, muchacho, es donde las estructuras de piedra y ladrillo, los materiales hasta ahora empleados en sustitución de la madera, han hecho tope. Además de una cuestión de resistencia intrínseca, su elevado peso ha llevado al límite lo que las cimentaciones y el mismo terreno son capaces de soportar. Solo la elasticidad, la resistencia y la ligereza del hierro y el acero serán capaces de permitir que nuestros edificios crezcan en vertical más allá de donde hemos llegado.

El ingeniero-arquitecto hace una pausa en la que parece recrearse con su cigarro. En realidad, está calibrando hasta qué punto el joven Bowman ha captado el significado de sus palabras. Solo cuando se da por satisfecho decide ir, por fin, al grano.

—¿Has oído hablar de la Torre de trescientos metros?

—Sí, señor —responde Paul con seguridad—. Es un proyecto del ingeniero Gustave Eiffel para la Exposición Universal que se celebrará en París, en 1889.

—En efecto. Un proyecto cuya ejecución arrancará, Dios mediante, el próximo mes de enero. Te supongo informado por tu tío de las gestiones que he realizado ante el señor Eiffel. Pues bien, acabo de recibir carta de Francia con su respuesta. En atención a que fuimos compañeros de estudios en la *École Centrale* de París, su contestación es positiva: te admitirá como aprendiz en sus talleres, donde permanecerás durante el tiempo que dure la construcción de la Torre. Lo aprenderás todo sobre esa prodigiosa estructura de hierro pudelado: desde el volumen de los cimientos hasta la longitud del asta de la bandera; y luego, cuando regreses, trabajarás en mi Gabinete de Estudios, donde compartirás tus conocimientos con nuestros técnicos. Esa será tu aportación, Paul Bowman, a que en un futuro cercano proyectemos rascacielos como hoy en día no podemos soñar. ¿Qué te parece?

El muchacho se revuelve inquieto en su silla. Por primera vez titubea, tanta es la responsabilidad que siente caer sobre sus hombros.

—Yo... Naturalmente que haré lo que esté en mi mano, señor Jenney; pero no sé si...

—¡Tonterías! —lo interrumpe su tío de buen humor—. Serás perfectamente capaz de asimilar hasta el último secreto de esa torre,

sobrino. Tu conocimiento de las materias elementales es más que satisfactorio, y yo mismo te prepararé un plan de estudios antes de tu partida.

—Como es natural —interviene el arquitecto—, deberás informarnos periódicamente de tus progresos. La *société Gustave Eiffel et Cie.* ofrece abonarte, en concepto de compensación por tus servicios, una modesta pero suficiente cantidad para tu manutención; por mi parte, yo correré con el coste del viaje y el alojamiento; y tú firmarás un contrato en el que te comprometerás a trabajar para mí durante los siguientes diez años. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, claro. La verdad, señor, no sé cómo agradecerle la confianza que me dispensa.

William Le Baron Jenney hace un gesto para quitar importancia al asunto. Luego da varias chupadas a su cigarro y envía hacia lo alto de la estancia una pesada nube, perfumada y gris, antes de hablar.

—Trabajando duro, muchacho. Sé que la vida no ha sido fácil para ti desde la muerte de tu padre. Trabaja duro y haz que tu madre, tu tío y yo mismo estemos orgullosos de ti.

—*Merci beaucoup, monsieur Jenney. Je ne le décevrai pas* —dice el joven, a la vez que hace ademán de levantarse.

—Estupendo. Te esperan en París después de Año Nuevo. Habla con Edwina para los detalles de tu viaje. Ah, y otra cosa, Paul Peter Bowman: no esperes encontrar, a tu llegada a *chez Eiffel*, una alfombra que te conduzca hasta el *Bureau des Études*. Es más probable que te den un mandil y unos guantes, y que te envíen a colocar remaches durante una buena temporada.

1887

El lápiz y la dinamita

... Hay sobre lo colosal una atracción, un encanto propio sobre los que las teorías ordinarias del arte no son apenas aplicables. ¿Se podrá sostener que es por su valor artístico que las pirámides han impresionado tan fuertemente la imaginación de los hombres? ¿Qué son, después de todo, sino unos montículos artificiales? Y, a pesar de ello, ¿quién es el visitante que permanece frío en su presencia? ¿Quién no ha regresado henchido de una irresistible admiración? ¿Y dónde está la fuente de esta admiración sino en la inmensidad del esfuerzo y en la grandeza del resultado? Mi torre será el edificio más alto que jamás hayan levantado los hombres. ¿No será ella, pues, también grandiosa a su manera? ¿Y por qué aquello que es admirable en Egipto se convierte en horrible y ridículo en París? Yo me lo pregunto, y confieso que no lo alcanzo a entender».

Entrevista a Gustave Eiffel publicada en *Le Temps*,
4 de febrero de 1887.

París, 8 de enero

—¡Es una aberración!...

Markus Dmitriyev Balkan aplasta la colilla del cigarro contra un cenicero y se levanta de su silla con vehemencia. Es un joven delgado, de aspecto casi enfermizo, cuyos penetrantes ojos oscuros escrutan todo lo que le rodea desde unas cuencas hundidas, que lo parecen más por la prominencia de su nariz aguileña. Furioso, recorre a grandes zancadas el suntuoso comedor privado de *Le Grand Véfour*, un templo de la gastronomía cuya aura de excelencia y abultadas facturas convierten el ritual de la buena mesa en un acto iniciático al alcance de muy pocos elegidos. Balkan, uno más en la capital del Sena de entre los miles de aspirantes a abrirse un hueco en el parnaso, sabe que su ímpetu es visto por los presentes con simpatía. O más bien con adulación. Por algo es, además del anfitrión de la velada, el más rico de todos con diferencia. El único que puede alardear —y a fe que lo hace— de una considerable fortuna personal.

—... ¿Cómo se puede permitir que ese farsante de Eiffel se salga con la suya? —continúa, al tiempo que gesticula para dar rienda suelta a su ira—. Bien es cierto que, en el 86, engatusó a la comisión del concurso para la Exposición Universal con su extravagante idea de una monstruosa torre metálica, pero siempre pensé que aquello quedaría en el papel y que el sentido común acabaría por imponerse ante las inevitables complicaciones del proyecto...

Sobre el blanco mantel de hilo apenas quedan restos de la cena con que Balkan ha obsequiado a sus invitados: los platos de borde dorado, los cubiertos de plata, la cristalería tallada y hasta las migas de pan, todo ha desaparecido bajo la diligente labor del servicio para dar paso a tazas de café, copas de coñac, bomboneras y ceniceros. Tan solo las servilletas manchadas de *foie gras*, salsa bearnesa o crema de chocolate delatan la copiosa ceremonia gastronómica que ha tenido lugar en el centenario restaurante de la rue Beaujolais.

Los comensales, concentrados en el poso de sus tazas o en la ceniza de sus cigarros, escuchan a Balkan con gestos de mudo asentimiento. Algunos, los más comprometidos con su anfitrión, lo hacen con sincero interés; los demás se limitan a calcular para sus adentros el importe de la cena y cuánto tardarían ellos en ganar tal cantidad, o a especular sobre en qué bullicioso local acabará, entre botellas de champaña y bellas *cocottes*, la velada, y si Balkan se hará también cargo de la factura. Son casi todos

pintores, ensayistas, músicos o poetas; incluso hay un arquitecto recién graduado y un matemático aspirante a profesor adjunto de la *École Polytechnique*. Todos ellos entre la veintena y la treintena, todos ellos con más futuro que presente en sus respectivas carreras. Ninguna firma de relumbrón, en suma, pero un público agradecido con Balkan. De hecho, aunque ninguno de ellos conoce su origen ni el de su fortuna, la generosidad con que se prodiga hace que tampoco posean mayor empeño en averiguarlo.

—... Y sin embargo, deberíamos haber previsto que la cosa no quedaría ahí. Lo de esta mañana ha sido el espaldarazo definitivo a ese esperpento auspiciado por Lockroy...

Hoy es, en efecto, un día aciago para ciertas almas agoreras de la Villa de París. El Ministro de Comercio e Industria, Édouard Lockroy; el prefecto del Sena, Eugène Poubelle; y el empresario Gustave Eiffel han firmado un acuerdo por el que este último se compromete a construir la Torre de trescientos metros y a tenerla acabada para la inauguración, en mayo de 1889, de la próxima Exposición Universal. Todo ello a cambio de una subvención de un millón y medio de francos y de los derechos de explotación por un período de veinte años.

—¡Veinte años! —exclama, indignado, un poeta de prominente barriga y algún que otro premio secundario de la *Académie des Jeux floraux* de Toulouse en su haber—. ¿Habremos de ver durante veinte años la sombra de ese engendro cernirse sobre nuestras cabezas?

Un dibujante de afilados bigotes, con el ardor que otorgan media docena de copas de vino trasegadas y la autoridad que confiere el haber publicado algunos grabados en *L'Univers Illustré* y *La Caricature*, se incorpora sobre su silla.

—¡Ni hablar! Además, ya va siendo hora de que alguien haga pagar a ese advenedizo de Lockroy por su oportunismo...

Alistado con Garibaldi en las campañas de Sicilia y Nápoles, intrépido jefe de batallón de la Guardia Nacional en la defensa de París durante el asedio prusiano del 70, y periodista de pluma inteligente y mordaz, Édouard Lockroy es un hombre de peso entre radicales y republicanos. A pesar de que su heroico pasado militar y su defensa encendida de la amnistía para los presos de la represaliada Comuna de París le hacen poseer un gran número de incondicionales entre sus compatriotas, el hecho de que comenzase su carrera política en las filas de la extrema izquierda le impide granjearse la simpatía de otros muchos, en especial de moderados y monárquicos. Cuando Lockroy aparece en la conversación, la disputa está servida.

—¡Cuidado, Boissy! —advierte el matemático—, puede que Lockroy sea capaz de nadar entre dos aguas como un pez, pero no es menos

cierto que hemos pasado por tiempos revueltos, con una guerra de por medio, y pocos como él encarnan el espíritu de conciliación en favor de la patria. ¿Sabe usted cuántas veces ha sido multado o encarcelado por sus ideas o por su pluma?...

El dibujante se pone en pie para replicar con gesto ofendido, pero Markus Balkan interviene para aplacar los ánimos.

—¡Señores!... ¡Por favor, señores!... No estamos aquí para discutir de política. Para satisfacción de unos y disgusto de otros, el Gobierno es el que es, y no va a cambiar por lo que esta noche se diga o se deje de decir en esta mesa. No, por ahí no conseguiremos nada. Se trata más bien de desacreditar a Eiffel por cuanto su proyecto no posee las menores cualidades artísticas o arquitectónicas. Hay que movilizar a la gente culta, a todo aquel que posea un mínimo sentido de la estética.

—A mí me consta que Garnier está en contra de la Torre —apunta el arquitecto, como si tuviese una relación íntima con el ilustre autor del palacio de la Ópera—, como lo estará cualquiera que aprecie la belleza del estilo imperio o del barroco. Y pensar que la comisión rechazó proyectos como el colosal faro de granito de Bourdais en favor de este inmenso poste de hierros retorcidos...

—Sí, y también lo están Coppée, Verlaine y otros autores —anuncia el poeta barrigudo.

—Y Gounod, y Meissonier —añade un retratista con estudio en un helador bajo de Montmartre—... En las tertulias no se habla de otra cosa.

—Señores, hay que redactar un manifiesto para la prensa —propone Balkan—. Y hay que convencer a todas esas ilustres figuras, respetadas por la nación y mucho más cualificadas que nosotros, de que se adhieran al mismo. Eso provocará la reacción del pueblo, sin duda.

—¡Sí, sí! —aclaman todos—... ¡Redactemos un manifiesto!

—¡Movilizaremos al barón Haussmann, a Bartholdi...! —sugiere el arquitecto.

—¡Y a Jules Verne, y a Émile Zola! —apunta un novelista, dando testimonio de la disparidad de sus gustos literarios.

—¡Que lo redacten los escritores! —piden unos.

—¡Que lo redacten los ilustres! —reclaman otros.

—¡Que lo redacte Balkan! —aclaman todos.

—¡Señores, por favor!... Les agradezco su confianza, pero un servidor no es más que un modesto aficionado al verso —rechaza el aludido—. Estoy seguro de que encontraremos en nuestro bando plumas mucho más cualificadas para este cometido...

—¡Bien! Pero sigo diciendo que Lockroy es un advenedizo —clama el dibujante, un poco más ebrio que antes—, y que habría que...

La jaula de grillos vuelve a desatarse entre las maderas nobles, las

molduras doradas y los paneles pintados a mano que se reflejan una y mil veces sobre paredes de espejo. Markus Balkan menea la cabeza. En realidad, no cree que lo del manifiesto sirva para nada: Eiffel y compañía se lo pasarán por la entropierna. Pero él está dispuesto, si es necesario, a ir más lejos. A tantear iniciativas más audaces que protestar en un simple trozo de papel impreso.

*A bordo del paquebote La Bourgogne
15 de enero de 1887*

Queridas madre, Amy y Nellie:

Hoy es mi primera noche en alta mar. También la primera ocasión que tengo de escribiros, pues todo, desde mi partida de Chicago, ha sucedido con tanta rapidez que apenas he tenido un momento de respiro.

Nueva York es una ciudad increíble. Puede que no cuente con rascacielos tan modernos como los del tío Sam, pero el bullicio y la vitalidad de sus calles es incomparable. La diversidad de sus gentes, la variedad de sus comercios, la suntuosidad de sus hoteles de lujo —que me he limitado a ver desde fuera, naturalmente—... En fin, supongo que eso es lo que tiene el estar a orillas del Atlántico y ser la puerta de América.

En las pocas horas de que dispuse ayer, tras formalizar los papeles del embarque, me dediqué a visitar esa gigantesca escultura de cobre inaugurada el pasado mes de octubre que es la Estatua de la Libertad. Pero más que la magnífica obra del escultor Bartholdi o las espectaculares vistas de la bahía que pueden contemplarse desde lo alto, lo que a mí me interesaba era trepar por la escalera interior, recorrer sus entrañas y estudiar concienzudamente la estructura que, a modo de esqueleto, soporta los ropajes, la cabeza y la antorcha; un complejo entramado de vigas metálicas concebido por el señor Eiffel y ejecutado en sus talleres, los mismos en los que he de trabajar durante los próximos años.

¡Y pensar que yo voy a aprender de ese genio! No sabéis lo orgulloso que estoy de que el tío Sam y el señor Jenney me hayan dado esta oportunidad...

A simple vista, el océano Atlántico no se diferencia gran cosa del lago Míchigan; salvo en lo inquietante de saber que, una vez que la costa ha desaparecido de vista por la popa, se tardará una semana en divisarla de nuevo a proa. También se hace patente el oleaje, pertinaz e incómodo, que levanta una mar de fondo del Nordeste. Las olas son bellas, especialmente cuando el viento hace saltar sus crestas en rociones de espuma, pero su efecto en el barco es demoledor para los estómagos más sensibles. De hecho, algunos pasajeros se encuentran ya tan mareados que ni siquiera han

acudido a cenar. Ese no es el caso de Paul, que ha comido con un humor excelente y el buen apetito característico de su vigorosa edad. Luego, tras rechazar la invitación de sus compañeros de mesa para unirse a una partida de *whist*, se ha dirigido a su camarote de segunda clase —todo un detalle por parte del tío Sam, el de mejorarle el billete de tercera adquirido por Edwina— con el firme propósito de escribir a su madre y hermanas.

Pero quince minutos sentado al pequeño escritorio, tratando de plasmar sus últimas vivencias bajo una exigua lámpara eléctrica y con el portillo cerrado a causa de los rociones, bastan para que el balanceo le revuelva el estómago y una desagradable náusea lo bañe en sudor frío. Antes que echarse a sufrir en su litera, Paul decide armarse de valor y subir a cubierta, a ver si el viento helado de enero es capaz de volverlo persona de nuevo.

Fuera la noche es cerrada. Todo alrededor del paquebote es negrura, salvo por algunos jirones de espuma que aparecen aquí y allá para desvanecerse enseguida, cual espectros esquivos que la luz lechosa de una luna al filo del cuarto menguante delatase por breves instantes. Acodado en la regala de la amura de babor, bien arrebujado en la manta de viaje que ha tenido la precaución de traer consigo, Paul siente como una bendición el aire frío que inunda sus pulmones y mitiga su malestar. Es una suerte que el cielo esté despejado. Puede que así las noches resulten heladoras, pero la sola idea de que un tiempo tormentoso lo obligue a permanecer encerrado en su cabina o en los salones del pasaje se le hace ahora mismo insoportable.

Mientras reflexiona sobre el obstinado avance de *La Bourgogne*, que a base de tajar olas acabará por domeñar la infinitud de océano que tiene por delante, el futuro aprendiz de ingeniero nota cómo, de repente, algo se enreda entre sus piernas: una especie de bola de pelo con patas.

—¡Hola!... Y tú, ¿de dónde sales, amigo?

Paul se agacha y hunde sus dedos en la enmarañada cabeza de un cachorro de perro de agua americano que, con la mayor desfachatez del mundo, se ha puesto a olisquearle los zapatos.

—¡*Sioux*, aquí!... ¡Vamos, deja tranquilo al señor!

El joven levanta la mirada hacia la jovial voz atiplada que recrimina al cachorro, para descubrir que pertenece a una chica de su misma edad e inmensos ojos azul celeste que se acerca presurosa y apurada. Sin dejar de acariciar la cabeza lanuda del animal, sonrío.

—¿*Sioux*?... Vaya, así que es todo un explorador, ¿eh?

—Se supone que debería ser un feroz cazador de las praderas —se lamenta ella con un gracioso mohín de contrariedad—, pero lo único que le interesa es hacerse amigo de todo el mundo.

La muchacha va ataviada con un discreto, aunque elegante, traje de

tarde verde esmeralda con bordados azabache. Paul se fija en el ovalo perfecto de su rostro, enmarcado por sendos tirabuzones dorados que se escapan de una ondulada cabellera recogida en la nuca, y siente que una especie de nudo atenaza la boca de su maltrecho estómago.

—¿No es peligroso... ejem, llevarlo así? —pregunta mientras toma al cachorro entre sus manos y se lo ofrece—. Suelto, quiero decir. Podría resbalar y...

El perro de agua trata de lamer la cara de su dueña en cuanto está a su alcance. Ella, sin darle opción, blande una correa y se la engancha al collar.

—Tienes razón, pero este tunante se ha escapado nada más abrir la puerta del camarote.

El joven no pasa por alto el tuteo, un detalle que lo anima a tender su mano.

—Me llamo Paul, Paul Bowman.

Ella corresponde con el dorso de la suya y una sonrisa que a él le parece salida de otro mundo.

—Kate Blanchard, encantada de conocerte. ¿Te encuentras bien?, tienes mal aspecto.

—Oh, no es nada; un poco de mareo, ya sabes... Pero se me está pasando gracias al aire fresco.

—Entonces eres afortunado. Mi tía Honorine está echada en su litera desde que abandonamos el puerto. Se ha hecho llevar la cena al camarote, pero la pobre no ha podido probar bocado.

La muchacha acompaña estas últimas palabras con una risa cristalina, y Paul siente que sus pupilas iluminan la noche más que todas las lámparas incandescentes de *La Bourgoigne*.

* * *

Inesperadamente, sin saber cómo ni por qué, Paul Bowman se halla sumergido en las heladas aguas del Atlántico, luchando, con la manta enredada en su cuerpo, por salir a flote contra un torbellino de burbujas y el cachorro de perro de agua, que se obstina en lamerle la cara a pesar de lo dramático de la situación. Su desconcierto se torna en espanto cuando logra sacar la cabeza y, tras aspirar una profunda bocanada, observa cómo la popa del vapor correo se aleja con un inexorable sube y baja por entre las crestas de las olas. Mientras trata de desembarazarse de la manta y de las zarpas de *Sioux*, un frío intenso, como si miles de alfileres se clavasen en su piel a través de la ropa, le paraliza los pulmones, le inmoviliza las extremidades y hace que le abandonen las fuerzas y la esperanza. Justo entonces, cuando su mente se rinde y su cuerpo se abandona al inevitable

abismo, un rostro angelical resplandece en la negrura de las profundidades y le dedica una sonrisa que no puede ser sino anticipo de las delicias del edén.

Esta y otras pesadillas agitan la primera noche de Paul a bordo de *La Bourgogne*. No es hasta poco antes del amanecer que su mente cae, exhausta, en un plácido sueño que se prolongará hasta bien entrada la mañana. Cuando ponga de nuevo los pies en cubierta, una vez vestido y aseado, su primer anhelo será recorrerla en busca de la joven damisela que ha despertado en él algo desconocido. Necesita comprobar que Kate Blanchard no es un producto de su imaginación; que el breve paseo que dieron la noche anterior por cubierta, charlando de cosas intrascendentes hasta que ella se excusó por la probable inquietud de su tía, no ha sido parte —la parte deliciosa, por cierto— de una pesadilla cruel.

* * *

—«El 18 de marzo de 1867 llegaba yo a Liverpool. El Great Eastern debía partir algunos días después para Nueva York, y yo acababa de tomar pasaje a bordo de él. Viaje de placer nada más...».

Kate Blanchard y Paul Bowman se hallan recostados en sendas hamacas en la toldilla de popa, sus rostros acariciados por el tibio sol de la tarde. Un placer aún mayor desde que la tía Honorine, cansada de darle al ganchillo, les ha dejado a *Sioux* de carabina y se ha retirado al salón de señoras con el pretexto de estar quedándose destemplada. No sin antes citar a su sobrina a las seis y media con el fin de arreglarse convenientemente para la cena en el comedor de primera clase, como les corresponde.

Mientras Kate lee en voz alta las primeras líneas de *Una ciudad flotante*, la novela de Julio Verne inspirada en su viaje a bordo del mayor transatlántico de todos los tiempos, Paul piensa que, aunque la muchacha parezca de carne y hueso, en realidad debe de estar hecha de materia celestial. Hija del secretario de la embajada francesa en Washington, Kate perdió a su madre durante el pasado verano. Ahora que el honorable Auguste Blanchard parece repuesto del trance, la hija regresa al internado suizo que abandonó a toda prisa para acudir junto al lecho de la moribunda. La acompaña la hermana de su padre, que hizo también con ella el viaje de ida. Una mujer con clase, mucho mundo y un talante liberal que le permite mirar con benevolencia —siempre, naturalmente, que no se traspasen ciertos límites— la compañía para su sobrina de un mozo tan bien educado y con tan buena planta.

Y Paul siempre encuentra, en la monotonía de una navegación sin mayor novedad que la de comprobar en el tablón de anuncios, cada mañana y cada tarde, la posición y la distancia recorrida por el buque, buenos ratos

para pasarlos junto a la joven. En el breve lapso que duran dos idas y venidas por la cubierta de *La Bourgogne*, Kate le ha clavado un dardo allí donde ninguna conocida, de entre aquellas con las que suele coincidir en aburridas celebraciones plagadas de puritanas normas de sociedad, se ha llegado siquiera a acercarse.

Jugando a las cartas, tomando el té, leyendo juntos un libro... Ahora que la va conociendo un poco mejor, la belleza exterior de Kate es, para Paul, fiel reflejo de su alegría de vivir, de la pureza de sus sentimientos y, sobre todo, de una inteligencia fuera de lo común. Una inteligencia que le permite ir más allá de las convenciones sociales y debatir con ventaja sobre cosas tan poco femeniles como la arquitectura —el tema favorito de Paul— o la construcción naval —el de ella, al que es gran aficionada tras haber cruzado varias veces el océano con sus padres—.

—«... ¡Qué truenos retumbarían en la caverna de los tambores cuando el *Great Eastern* navegase a todo vapor bajo el impulso de aquellas ruedas, que medían 17 metros de diámetro y 51 metros de circunferencia, pesaban 90 toneladas y daban 11 vueltas por minuto!...».

Instantes después, Kate emite un delicioso suspiro cuando concluye el primer capítulo de la novela.

—El *Great Eastern* fue un buque adelantado a su tiempo, ¿sabes? —se lanza a explicar—, el mayor de todos los botados hasta hoy, en una época en que la demanda de viajes transatlánticos no era todavía la suficiente como para cubrir sus gastos...

Paul se hace el incrédulo sin más ánimo que provocarle una mirada entusiasta.

—¿Era más grande que nuestro *La Bourgogne*?

Ella cumple con sus expectativas y, de propina, le obsequia con un gracioso gesto de desdén.

—Bah, el *Great Eastern* tenía más de doscientos metros de eslora. Estaba propulsado por una hélice y dos grandes ruedas laterales movidas por diez calderas de vapor que alimentaban un ejército de doscientos cincuenta carboneros, fogoneros y engrasadores. Con sus cinco chimeneas y seis mástiles era una catedral flotante; una verdadera ciudad, tal como la describe Verne. Podía transportar hasta cuatro mil pasajeros, los de primera clase con un lujo hasta entonces insospechado en el mar...

Paul escucha a Kate embelesado por la forma en que gesticula, frunce los labios o mueve imperceptiblemente la punta de la nariz. Lejos de recelar, como haría otro, de que una mujer domine con seguridad un tema tan técnico, a él le causa admiración. Qué gran ingeniero podría llegar a ser si fuese hombre. O viéndolo de otra forma: de qué no se sentiría capaz cualquier hombre con una mujer así a su lado; con el apoyo de su

entusiasmo, de su talento, de su conocimiento de causa.

—... ¿Te das cuenta? —prosigue ella—. ¿Qué son, en comparación, los quinientos pasajeros que puede transportar, como máximo, nuestro paquebote? En lo único que aventaja al *Great Eastern* es en velocidad: diecisiete nudos y medio frente a los catorce de aquel.

Paul se encoge de hombros. Para él, el vapor correo *La Bourgogne*, de la *Compagnie Générale Transatlantique*, ya es lo bastante hermoso; un lebrél de las aguas, concebido para una rápida travesía del Atlántico. Su entrada en servicio tuvo lugar el pasado mes de junio, hace apenas siete meses, con lo que todo en él —mobiliario, decoración, vajilla, cubertería...— es nuevo y reluciente. Alfombras y tapicerías brillan sin signos de desgaste, las mantelerías lucen impolutas, la ropa de cama es tersa y sedosa. Puede que *La Bourgogne* no tenga más que ciento cincuenta metros de eslora, cuatro mástiles y dos chimeneas; pero, con la mayor parte de sus doscientos tripulantes al servicio de un pasaje que, en este viaje, no llega a la mitad de su capacidad —lo que le permite disfrutar de una cabina doble para él solo—, la vida a bordo resulta, si no lujosa, al menos muy confortable. Y si, además, la travesía se realiza en tan cautivadora compañía...

Cuando no está con Kate Blanchard —y eso ocurre durante más tiempo del que le gustaría—, Paul Bowman se concentra en el estudio de los grandes proyectos en fundición de hierro que el tío Samuel ha incluido en su programa de aprendizaje: la estructura de la cúpula de Thomas Walter para el Capitolio, en Washington; los almacenes Laing de James Bogardus, en Nueva York; la fachada del *Farmers and Mechanics Bank* de John Haviland, en Pottsville; o la gran cubierta de John Snook para la estación *Grand Central*, en Nueva York. En cuanto a la ingeniería civil, el temario incluye el trabajo de James Finley, pionero en el desarrollo del audaz concepto de puente colgante; y el de John Roebling, que lo revolucionó con la introducción del cable de acero y cuya obra maestra es el colosal puente de Brooklyn, inaugurado en 1883 tras dieciséis años de trabajo. Por último, hay una memoria sobre la estructura más alta jamás construida hasta la fecha: el monumento a Washington, un obelisco de 169 metros que domina, con sus proporciones clásicas y su inmaculada fachada de mármol blanco, el horizonte de la ciudad presidencial. Treinta y siete años ha durado la construcción de esa imponente mole de 45.000 toneladas de peso, interrumpida durante largos períodos por insalvables dificultades técnicas y financieras. Y a pesar de todo, una obra sentenciada a quedar empequeñecida, Dios mediante, por la torre de Gustave Eiffel.

—¿Has visto el monumento a Washington? —le pregunta a Kate durante su último paseo matinal por cubierta, antes del almuerzo, la víspera de la llegada a El Havre.

—¿Que si lo he visto? —sonríe ella—... Es imposible vivir en Washington y no verlo desde alguna esquina. No solo lo he visto, sino que he acompañado a mi padre hasta la cúspide en una visita oficial del embajador francés. No sabes lo emocionante que resultó la ascensión en el montacargas a vapor...

Y le describe, su mirada evocadora perdida en la inmensidad grisácea del océano, la vista desde la plataforma superior del obelisco, un espectáculo capaz de sobrecoger el ánimo a la más insensible de las personas: al Norte, *Presidents Park* y la Casa Blanca, rodeados por la abigarrada retícula de manzanas que constituye la gran ciudad; al Este, más ciudad, precedida por el eje ajardinado del *Agricultural Smithsonian National Museum*, que se extiende hasta el monumental Capitolio; al Sur, el alargado brazo de marismas que corre paralelo a las oscuras aguas del Potomac, donde está prevista la creación de un inmenso parque para recreo de los ciudadanos; al Oeste, en fin, al otro lado del río, el difuso, verde

horizonte de los bosques de Virginia, más allá del cementerio de Arlington.

Mientras ella habla, su rubia cabellera, que hoy se esparce por debajo de una liviana pamea a juego con el traje blanco, se deja llevar por la brisa de levante. Han llegado hasta la proa, donde dos enormes anclas de fundición se amarran a las amuras, sus pesadas cadenas colgando hasta desaparecer por los escobenes. Ante ellos solo quedan el asta de la bandera de cortesía, ahora arriada para evitar un inútil desgaste del trapo, y el ancho mar. Son pocos los pasajeros que se aventuran hasta aquí, donde siempre cabe el peligro de un roción inesperado; pero eso no puede arredrarles a ellos, que actúan con el atolondramiento de quienes, por primera vez en sus vidas, se dejan llevar por sensaciones cuya trascendencia aún no alcanzan a interiorizar. De repente *Sioux*, celoso compañero de su ama en estos paseos, saca la cabeza por entre la barandilla y prorrumpe en sonoros ladridos.

—¡Mira, delfines! —exclama Kate.

Una familia de cetáceos, cortando veloces la superficie del agua con su aleta dorsal, se ha acoplado a la marcha del buque. Durante un buen rato, los jóvenes se divierten con sus evoluciones sobre la onda que forma la proa del paquebote. A veces uno de los más grandes salta con agilidad sobre la espuma, y ellos aplauden entre risas al tiempo que el cachorro redobla sus ladridos.

Los delfines toman un rumbo divergente cuando se cansan de jugar. Al poco, sus pequeñas estelas se hacen invisibles entre las crestas rizadas del oleaje, y *Sioux*, con un gruñido de satisfacción, se recuesta de nuevo y se dedica a lamerse las zarpas con indolencia. Kate y Paul permanecen en silencio unos minutos, respirando la brisa a placer, hasta que él busca su radiante mirada azul y se atreve a plantearle una idea que lo viene turbando desde el primer día.

—Oye Kate, estaba pensando... Tú eres hija de padre francés y madre americana; yo, de madre francesa y padre americano; mi padre falleció hace algunos años; tu madre, recientemente... Es como si... No sé, diríase que...

Ella echa una fugaz mirada alrededor. La tía Honorine no se halla a la vista; seguro que ha encontrado compañía para entablar conversación y tomar el aperitivo. Del mástil trinquete hacia proa no hay nadie observando. Aun así, se acerca más a la barandilla y se inclina levemente para que ni siquiera desde el puente de mando se pueda ver cómo pone las manos en el barandal de teca, su izquierda rozando la derecha de Paul.

—Que hay una simetría en nuestras vidas —apunta—, ¿es eso lo que quieres decir?

Un manifiesto rubor enciende las orejas y las mejillas del joven, azorado por el tibio contacto y la osadía del gesto.

—Eso es. Yo... Yo mismo no lo habría expresado mejor —balbucea.

Kate hace como que no ha notado su turbación. El frío levante le ha enrojecido ligeramente la punta de la nariz, prueba fehaciente, a pesar de que todas las evidencias están en contra, de que se trata de un ser mortal.

—Sí, yo también lo había pensado, Paul —dice—. Qué extraordinaria coincidencia, la de conocernos a bordo de esta nave. No sabes cuánto he disfrutado de tu compañía en esta travesía maravillosa, yo que pensaba que iba a ser tan aburrida como siempre. —Luego tuerce la comisura de sus labios en esa media sonrisa que a él tanto le cautiva, y lanza una mirada al cachorro, que vigila, ajeno a la escena que se desarrolla por encima de su cabeza, la superficie del mar—. Y todo gracias a *Sioux*, ¿verdad?...

Avergonzado de su propia timidez, Paul siente en su mano la llamada de esa otra, más pequeña y delicada. Una mano de uñas bien cinceladas, protegidas por una capa de barniz transparente no más, en cuyo dedo corazón luce un sobrio anillo de oro con una única aguamarina engastada. Inexperto en estas lides, se pregunta qué es lo que Kate espera de él, y se dice que, haga lo que haga, seguramente meterá la pata. Pero cuando, con el estómago en un puño como si la vida le fuese en el envite, coloca su mano sobre la de la muchacha, ella no la retira. Antes al contrario, le dedica una mirada tan dulce y expresiva que Paul no acierta a imaginar bajo qué circunstancias un hombre puede ser más feliz.

—Esto ha sido como un sueño, Kate. Mañana se habrá acabado —se lamenta.

Ella desvía su mirada hacia el horizonte, donde la inminente presencia del viejo continente, ese que va a contemplar su separación irremediable, le oprime el corazón.

—Lo sé. Para mí también ha sido un sueño. Te llevaré conmigo siempre, Paul.

Dicho así, a primera vista, la promesa de Kate parece una gran oferta. Pero, tras haber dado el primer paso, Paul Peter Bowman no puede resignarse a que eso sea lo máximo a lo que puede aspirar. ¿Acaso la mitad de su sangre no es francesa?, ¿dónde están el *savoir-faire* y el poder de seducción que se le suponen?... Y qué decir de su mitad norteamericana: ¿acaso su padre no recibió una medalla póstuma por su valor ante los apaches?... Sí, eso es. Si hace falta, él también saltará la empalizada para lanzarse al campo de batalla y evitar que su incipiente amor —porque amor es lo que inunda su alma, ahora lo comprende todo— quede condenado al olvido.

—Escucha, Kate —dice, y al hablar aprieta con fuerza la mano de la muchacha, como si quisiera evitar una fuga precipitada—: me preguntaba si me permitirías... Bueno, me gustaría escribirte. Quién sabe, quizá algún día...

Lejos de pretender la huida, a ella se le ilumina el rostro con una sonrisa que Paul interpreta como augurio de la más innmerecida felicidad.

—Quizá algún día puedas llevarme a visitar tu torre de trescientos metros.

—Oh, no será mi torre —sonríe él—, pero llevarte allí sería fantástico, Kate.

* * *

Naturalmente, Paul Bowman no se ha limitado durante la travesía a dar amenos paseos, mantener sugestivas conversaciones y contemplar extasiado el horizonte. Si el encuentro con la bella señorita Blanchard ha despertado su sensibilidad a los encantos del sexo opuesto, los siete días vividos a bordo de *La Bourgogne*, junto con sus correspondientes noches, han servido también para que se inicie en otros aspectos menos espirituales, aunque no menos atractivos para un joven de dieciocho años; como el tabaco, la cerveza y el *bourbon*. Cosas de hombres. Vicios que, a su edad, uno no puede dejar pasar de largo sin sentir que se le escapa el tren de la vida. Para ello ha tenido los mejores maestros en sus compañeros de mesa del comedor de segunda clase; sobre todo en uno llamado Wilbur Meredith, dos años mayor que él, con quien ha trabado franca relación. Meredith, hijo de un acaudalado comerciante textil de Boston, se dirige a Francia para — oficialmente— aprender durante un año la lengua de Balzac. Y para — extraoficialmente, aunque con la aquiescencia paterna— disfrutar de la vida frívola antes de regresar a América, incorporarse al negocio familiar y desposar, como Dios manda, a su prometida de toda la vida.

Por ello, cuando Kate Blanchard se retira a su cámara en compañía de la tía Honorine, siempre a una hora prudente, Paul se dirige en busca de Wilbur y los demás. Juntos disfrutaban de prolongadas veladas en el salón de segunda clase y, sobre todo, en el de tercera, donde el bar está abierto hasta altas horas, la cerveza corre a raudales, y los cánticos en inglés, en francés o en cualquier otro idioma de la vieja Europa acaban por rivalizar. Es lo que tiene el sistema de clases, más permeable hacia abajo que hacia arriba: la intensidad de la fiesta es inversamente proporcional a la categoría de la cubierta. Y a bordo de *La Bourgogne* todo el pasaje está contento. Aquí no hay desesperados emigrantes en busca de su particular El Dorado, como los que sobrecargan los paquebotes que se dirigen a América. Aquí solo hay unos pocos que retornan a sus orígenes tras haber hecho mayor o menor fortuna, y el resto del pasaje son diplomáticos, hombres de negocios o acaudalados turistas entre los que puede encontrarse, incluso, alguna que otra pareja en su luna de miel; todos ellos con inmejorables motivos para disfrutar del viaje.

Y si, junto a esas experiencias de la vida tan insanas como imprescindibles, Wilbur Meredith no ha introducido a Paul Bowman en los entresijos del sexo —pero el físico, el que se disfruta entre sábanas—, es porque, a su entender, el buque no es lugar adecuado para ello, a pesar de que los más impacientes siempre pueden procurarse los servicios de ciertas damas que, de forma discreta, hacen su particular carrera del Atlántico.

—No hay ninguna necesidad de arriesgarse a un escándalo entre estas gentes tan respetables —guiña alegre un ojo, entre trago y trago de cerveza, el de Boston—. Además, qué horrible efecto causarías en esa linda damita que cortejas —añade en un susurro, chasqueando luego la lengua en señal de desaprobación—. No, mi querido Paul; somos caballeros y debemos comportarnos como tales. Ya habrá tiempo para esas cosas en el anonimato de la gran ciudad.

Paul, que no comparte el imperioso afán de su amigo por el trato carnal, suelta un bufido medio avergonzado, medio ofendido, cada vez que este le mienta a su adorada Kate. Más esta última noche, si cabe, después de que ella le haya entregado un billete en que ha anotado su dirección en Suiza. Pero Wilbur es de una locuacidad imparable, y su franca campechanía sabe hacerse perdonar.

—Vamos, vamos... no te enfades —lo reconviene—. No hay por qué mezclar las cosas. Una es que te sientas atraído por esa muchacha. Eso es comprensible, no hay más que verla; y deberás respetarla, faltaría más, si es que quieres llevar a buen puerto la relación. Otra cosa muy distinta es que, como varón que eres, des rienda suelta a tus instintos naturales, je, je... Y además, tómatelo como... Como una especie de aprendizaje, eso es. Mírame a mí: soy un hombre comprometido, casi un casado. A falta de un año, claro está, je, je... Soy pacífico, cariñoso, tolerante..., un hombre de buenos modales, en suma. Y adoro a mi Elizabeth. A buen seguro que seré un marido ejemplar. Entonces, ¿qué hay de malo en que, mientras tanto, disfrute un poco de la vida? Bien que agradecerá ella luego que, además de utilizar el lecho para fecundarla, sea capaz de hacerla disfrutar; porque eso es una técnica que se aprende, no te quepa duda...

Mientras escucha la larga perorata de Wilbur sobre las ventajas y la conveniencia del sexo precoz, Paul, tan cargado de cerveza como él, estruja el billete de Kate en la calidez de su bolsillo. A la vista de cualquier otro, un mero trocito de papel arrugado; para él, toda una declaración que sella lo nacido entre los dos. Cuando parpadea varias veces para tratar de enfocar la mirada entre los vapores del alcohol, una sublime visión se fija en su mente: la del rostro de su amada bajo el caprichoso aleteo de la pámela blanca, iluminado por la reverberación del mar.

La mañana siguiente es, para Paul Bowman, de esas en las que uno desearía morir; o mejor, no haber nacido. Al principio le cuesta abrir los ojos, molesto por la luz que se filtra a través de la cortinilla del ojo de buey. Tampoco es que tenga mayor motivación para hacerlo. Lo que en realidad le gustaría es dormirse de nuevo, pero no puede; algo en su interior le urge a tratar de recordar los acontecimientos de la pasada noche. Todo es inútil, sin embargo: no encuentra más que un vacío desconcertante. A pesar de ello, su entendimiento capta sensaciones extrañas. O mejor dicho, extraña sensaciones a las que se había acostumbrado en los últimos días. Como el pertinaz balanceo que tanto ha martirizado a los pasajeros durante la travesía, un elemento tan inseparable de la vida a bordo como el omnipresente, machacón runruneo de las máquinas que ahora no se percibe. Intrigado, confuso, Paul hace un esfuerzo por incorporarse. Es entonces cuando cobra verdadera consciencia de su lamentable estado: su aliento es fétido, su cabeza asemeja a un yunque sobre el que un despiadado ferrón martillease los flejes de una barrica, y sus ropas, de las que no se ha despojado para dormir, están sucias y arrugadas. La cara indigna y vergonzante del alcohol. Es lo que se dice a sí mismo, jurando, sin saber que eso es lo que hace en vano todo el que agarra su primera gran borrachera, que nunca más lo volverá a probar.

Ahora siente que los golpes son reales, pero no en su cabeza: alguien aporrea con insistencia la puerta del camarote. El aspirante a aprendiz de ingeniero se sujeta las sienes con fuerza y abre con la única esperanza de que cese el golpeteo, cuyo causante no es otro que un Wilbur Meredith tan pulcramente vestido como si fuese a la misa del domingo en Boston.

—Hola, hola... —dice, alegre, el instigador de todas sus desgracias—. Vaya, parece que el humo y la cerveza hicieron estragos anoche.

—Maldita sea, Wilbur—se queja Paul—... Estoy muy mal, necesito dormir...

—¿Dormir? Vamos, vamos... Eso es imposible. Lo que tú necesitas es un buen desayuno, aunque no sé si habrá tiempo. Antes tienes que arreglarte para desembarcar. Hemos atracado en El Havre hace una hora, amigo mío. *Nous sommes arrivés à la France!* —exclama Wilbur, exultante.

—¡Francia! Dios mío, entonces es cierto... ¡Hemos llegado!

—Tan cierto como que París nos espera impaciente, muchacho.

—Pero yo... debería haberme despedido de... —Paul se tienta los

bolsillos de sus pantalones. Luego su mirada busca ansiosa por la cámara, hasta que se fija en su chaqueta, tirada de cualquier modo sobre la silla—. Un momento.

Durante unos segundos, el joven se afana en rebuscar por los bolsillos de la prenda. Desconcertado, vuelve a mirar en sus pantalones sin resultado aparente. Su expresión se torna en angustia.

—¡El billete!... ¡No encuentro el billete!

—¿El billete? —se extraña su amigo—. ¿De qué estás hablando?

—El billete..., la nota..., el papel donde Kate me apuntó sus señas. ¡Lo he perdido!

—Vaya, así que lograste que Julieta te diese su dirección —dice, entre admirado y divertido, el de Boston—. ¡Qué bribón!

—No es momento para chanzas, Wilbur —se desespera Paul—, debo encontrar ese papel. ¡Tienes que ayudarme!

—No hay tiempo para eso. Hemos de desembarcar, y mira tu equipaje: ¡todavía está a medias!

—¿Es que no lo entiendes?... ¡No puedo irme sin la dirección de Kate!

Wilbur Meredith lanza un suspiro de paciencia. Claro que entiende a su amigo; es él quien no parece comprender la realidad de la situación.

—Pero hombre, tú no te acuerdas del estado en que te encontrabas anoche: tuve que arrastrarte por los pasillos de medio paquebote para traerte hasta tu cámara; eso después de sacarte a cubierta para que arrojaras la cena por sotavento. El dichoso papel puede haberse extraviado en cualquier rincón del buque, o incluso haber volado por la borda —dice, con gesto de impotencia.

—¡Dios mío! —exclama Paul, espantado—. Si eso es así... ¡he de ver a Kate inmediatamente!

El de Boston lanza una mirada reprobatoria a su aspecto desaliñado. No le parece buena idea la de presentarse así ante su enamorada. Además...

—Me temo que es tarde para eso. Los pasajeros de primera clase han desembarcado hace rato, y... ejem —echa una ojeada a su reloj de bolsillo antes de añadir—: puede que los demás también. Vamos, Paul, debemos irnos; seguramente somos ya los últimos a bordo.

* * *

Ajeno al bullicio de los viajeros que abarrotan el vagón de ferrocarril, Wilbur Meredith hojea en silencio un ejemplar de *Le Journal de Rouen* con el que trata de poner al día sus nociones de francés. Junto a él, la cabeza apoyada en el marco de la ventanilla, Paul Bowman duerme profundamente. Ha caído rendido al poco de tomar asiento en aquel tren

tardío, ocupado en su mayor parte por viajeros locales, normandos de Cherburgo, Caen o El Havre. También hay algunos pasajeros, los menos, recién desembarcados de naves de cabotaje procedentes de Portsmouth o Southampton. A estos se les distingue por su circunspección, en contraste con la incontinencia verbal y expresiva de los franceses. Por supuesto, ya no queda ningún viajero transoceánico, pues hace horas que los de *La Bourgogne* abandonaron la ciudad portuaria en carruaje o ferrocarril para dirigirse a sus respectivos destinos. Durante todo ese tiempo, un desesperado Paul Bowman se ha dedicado a buscar y rebuscar, ante la mirada atónita y divertida del servicio, el dichoso billete por todas las estancias del paquebote, sin que haya accedido a abandonar la búsqueda hasta que el sobrecargo, visiblemente molesto por su insistencia, ha prometido hacerle llegar la nota en caso de que aparezca durante la limpieza general.

De todo ello ha sido testigo Wilbur, quien no ha querido abandonar a su compatriota en tan lamentable estado. Con la ayuda del mozo de equipajes, ha logrado que se asease un poco antes de abandonar el buque, para luego invitarlo a un frugal almuerzo —su estómago no daba para mayores alegrías— en la cantina de la estación. A fin de cuentas, se siente responsable de su monumental resaca por haberle permitido beber tanto la noche anterior.

La noche ya es cerrada cuando el tren de la *Compagnie des chemins de fer de l'Ouest* hace su entrada en la *Gare Saint-Lazare*. A la salida del edificio, un aguacero descarga inmisericorde sobre los viajeros cargados de maletas y bultos, que se desperdigán tan rápido como pueden. Antes de abordar sus respectivos carruajes, la promesa de volver a verse pronto y un rápido abrazo bajo el alero marca, para ambos americanos, el colofón de su travesía.

—*Voilà, Monsieur: Levallois-Perret, rue Voltaire.*

Embozado en el sombrero y la capa de hule que lo protegen de las ráfagas de lluvia, el cochero no hace siquiera ademán de bajar del pescante para echar una mano con el baúl. Los regueros de agua en el cristal de la ventanilla no permiten a Paul Bowman hacerse una idea de la situación, por lo que opta por coger su bolsa de mano y bajar a la acera tras alzarse el cuello del gabán y ajustarse bien hasta el último botón. El trayecto desde la estación no ha sido muy largo, aunque él perdió toda referencia a partir del segundo cruce. Imposible orientarse en la noche, bajo la lluvia, en esta ciudad inmensa y desconocida. Confuso, Paul se sujeta el sombrero, un moderno bombín que su madre le ha regalado para que luzca como un caballero en la tradicional Europa, y mira a su alrededor. El halo mortecino

de una solitaria farola de gas apenas sirve para iluminar las gotas que lo atraviesan dibujando millones de trazos brillantes: ora verticales, ora horizontales cuando carga la racha. Y ahora, ¿qué? El joven alza la mano hacia el cochero con una moneda de dos francos que retiene a prudente distancia.

—*Chez Fleuret?*

El otro se limita a hacer un ademán vago con la punta del látigo.

—Ahí mismo, junto a la zapatería.

La voz suena pastosa, desabrida. Una voz castigada por la intemperie y la absenta. Paul, que en la estación apenas se ha fijado en la cara del cochero, puede ver ahora perfectamente sus ojos a través del embozo. Y lo que ve —una mirada torva, enrojecida, que flanquea un entrecejo resentido y cetrino—, no le gusta.

—¿Puede ayudarme con el baúl? —inquire, molesto.

—*Bien sur, Monsieur...*

Al «*bien sur*» acompaña el brillo de un incisivo metálico, rodeado por una mueca de desprecio. Entonces, de forma inesperada, el cochero hace un rápido gesto y le arrebató la moneda de entre los dedos. Luego hace restallar el látigo antes de que el muchacho reaccione, y el penco se lanza a una alocada carrera bajo la lluvia. Paul Bowman grita iracundo y corre tras ellos hasta que logra asir la soga que sujeta el baúl; pero todo es inútil: el carruaje es rápido; su bamboleo, violento; el adoquinado, irregular y resbaladizo. Al final, su desesperado esfuerzo no le sirve más que para acabar rodando entre los charcos. Empapado, sucio y magullado, Paul contempla cómo el coche se pierde en la lluvia con su baúl bien amarrado a la caja. Solo entonces se da cuenta de que no lleva en su parte trasera, a diferencia de otros que ha visto en la estación, ningún distintivo, ninguna placa que permita identificarlo. Cómo ha podido ser tan necio y tan imprudente... La víctima propicia para un malhechor. Una mueca de amargura le desfigura el rostro: el corazón herido y el orgullo vapuleado, dos desastres en un solo día. Desde que a los cinco años recibiese la noticia de la muerte de su padre, ningún contratiempo había vuelto a parecerle lo suficientemente importante como para permitirse llorar. Sin embargo, de sus párpados brotan ahora lágrimas de impotencia y de rabia. Si Paul Peter Bowman había soñado con una llegada triunfal a la Ciudad de la Luz, la que le ha deparado el destino ha sido más bien pasada por agua, humillante y furtiva.

Continúa.

Libro completo disponible [aquí](#).